

Martin Seidel, *Origo et fundamenta religionis christianae. Un tratado clandestino del siglo XVII*. Edición, traducción y estudio de Francisco Socas y Pablo Toribio. Colección Nueva Roma 46, CSIC, Madrid, 2017, 291 pp.

Es un hecho tan bien conocido como fácilmente obliterado hoy en día que, durante muchos siglos, toda aproximación heterodoxa o crítica a los fundamentos –teóricos o históricos– del cristianismo fue neutralizada a través de distintas formas de control social. El destino al que se enfrentaban quienes tenían la osadía de poner en cuestión las verdades consideradas sacrosantas era, de entrada, la destrucción de su fama, pero más a menudo consistió en formas de persecución traducidas en confiscación de manuscritos, quema de ejemplares, encarcelamiento, tortura y/o ejecución. Ello implica que la transmisión de ideas críticas hubo de producirse muy a menudo de forma clandestina. Todavía en plena Ilustración, bien entrado el siglo XVIII, la mayor parte de autores no se atrevían a identificarse públicamente como autores de sus obras. Un caso conspicuo es el de Hermann Samuel Reimarus, cuya *Apologie oder Schutzschrift für die vernünftigen Verehrer Gottes* fue mantenida en secreto hasta que, tras la muerte del ilustrado alemán, Lessing publicó algunas secciones como “Fragmentos de un Anónimo”, lo que le supuso desde entonces no pocos problemas.

Habida cuenta de tales circunstancias, cada recuperación de un manuscrito clandestino constituye un pequeño acontecimiento en la historia del espíritu crítico, en la medida en que aporta una pieza de un rompecabezas a cuya figura, aunque jamás podrá ser reconstituida en su integridad, merece la pena intentar aproximarse, por asintóticamente que sea. Ese acontecimiento es tanto más relevante cuanto mayor sea la potencia reflexiva y el acumen del autor de turno, anónimo o no. Y no hay duda de que de esa capacidad reflexiva gozó el silesio Martin Seidel, autor del *Origo et fundamenta religionis christianae*, cuya edición crítica ofrecen ahora al mundo académico el latinista emérito de la Universidad de Sevilla, Francisco Socas, y el investigador del Centro Superior de Investigaciones Científicas, Pablo Toribio.

Como indican los autores en la primera sección de su informativa introducción, conocemos muy poco del periplo vital de Martin Seidel, nacido a mediados del siglo XVI en la localidad silesia de Ohlau, la zona oriental del Imperio de los Habsburgo (actual Oława en Polonia). Matriculado en la Universidad de Heidelberg en 1564, fue maestro de latín en la misma ciudad, de donde hubo de huir en 1573. A partir de entonces, las escasas noticias sobre él se conservan únicamente en el contexto de su contacto con la comunidad antitrinitaria de Cracovia, y en particular del intercambio epistolar con Fausto Socino, mantenido en la década de 1580. Aunque Seidel contemplaba el cristianismo desde fuera, no fue –a diferencia, por ejemplo, del autor de otro tratado clandestino publicado por Francisco Socas, *Symbolum sapientiae*– un librepensador ateo, pues abogó por una religión natural. Tras el citado intercambio epistolar se pierde el rastro de Seidel, que debe de haber muerto en las primeras décadas del siglo XVII. Es gracias a la inclusión de sus cartas entre las obras de

Socino impresas en ese mismo siglo como el pensamiento y el nombre de Seidel han pervivido, si bien en círculos restringidos de eruditos. Las ideas de nuestro autor fueron asimismo conocidas y preservadas entre los antitrinitarios de la comunidad cripto-sociniana de Altdorf (junto a Nuremberg) en la primera mitad del siglo XVII.

De la media docena de manuscritos conocidos del *Origo et fundamenta religionis christianae*, algunos de los cuales presentan diferencias importantes, los autores han hecho del conservado en la biblioteca de la Staats- und Universitätsbibliothek de Hamburgo –el único que atribuye la autoría a Seidel (Martinus Seidelius)– la base de su edición, por ser el que contiene la versión más extensa y más ordenada de la obra. Esta está formada de dos partes principales, una suerte de *pars destruens* que contiene una crítica de los principales dogmas cristianos (sección I de la edición), y una *pars construens* (sección VII) en la que el autor propone su visión religiosa. Asimismo, el manuscrito de Hamburgo contiene otra serie de secciones menores, exclusivas de él, de temas variados pero relacionados, que versan sobre aspectos de traducción, la supuesta corrupción de la Biblia hebrea, el llamado “pecado original” o el papel del entendimiento humano en cuestiones religiosas.

Lo esencial de la parte destructiva de la obra radica en negar que Jesús pudiese ser el Mesías prometido por los profetas de la Biblia hebrea. Para su refutación, Seidel recurre a dos argumentos principales. El primero es que los profetas habían prometido un reino mundano (como en la profecía de Natán a David en 2 Samuel 7,11-16), sobre el cual el rey mesiánico habría de ejercer su dominio de forma terrenal, cosa que Jesús no hizo. El segundo es que las promesas bíblicas tenían un carácter condicional, supeditado a la obediencia y lealtad del pueblo; una vez que esta condición no se había cumplido y que en tiempos de Jesús la descendencia de David se había extinguido ya, la esperanza mesiánica en aquel período carecía de fundamento. A estos argumentos Seidel añade otros, extraídos de lecturas contextualizadas de Isaías 7,14, Isaías 53 o el Salmo 110, mediante las cuales muestra que la interpretación cristiana de tales pasajes bíblicos resulta insostenible, pues no pueden referirse a Jesús.

La parte constructiva (titulada *Naturalis, vera, divina, antiquissima, certissima et perfectissima doctrina de Deo et voluntate ejus*) expone las creencias de Seidel, que han sido consideradas una suerte de protodeísmo. Según nuestro autor, la observación del orden en la naturaleza lleva a inferir mediante la razón la existencia de Dios, pero va más allá al afirmar que la voluntad divina se cifra en los Diez Mandamientos. En opinión de Seidel, una especie de “Decálogo interno” (*insitus Decalogus*), que se impone al raciocinio mediante la contemplación de la naturaleza y se habría visto oscurecido por “la corrupción de la naturaleza humana”, concuerda con el oral (*vocalis Decalogus*) transmitido en la Biblia hebrea. De hecho, Seidel, en lo que él mismo denomina su “religión”, asume algunos elementos de una organización ritual de la sociedad, en particular la oración de acción de gracias y un día de descanso –el domingo– dedicado al culto. De este modo, el autor asume algunos elementos del judaísmo y el cristianismo, aunque presuntamente en virtud del carácter racional de tales elementos.

El volumen editado por Socas y Toribio incluye asimismo dos amplios apéndices. El primero contiene el texto latino y la traducción del epistolario conservado entre Seidel y Fausto Socino (tres cartas del primero y las respectivas respuestas del antitrinitario, aunque de ellas se deduce que existió una prolongada relación previa). Además del interés que presentan estas cartas para analizar los intercambios argumentativos de los autores, y del hecho de que algunos párrafos de Seidel resultan

conmovedoramente ilustrativos de la soledad sufrida por un pensador independiente y de sus vanos intentos por obtener reconocimiento y hallar su lugar en el mundo, hay una circunstancia que muestra la importancia de ese epistolario, y es que las convergencias de contenido y expresión con *Origo* confirman que esta obra –transmitida casi siempre sin constancia de su nombre– es de la autoría de Seidel. El segundo apéndice contiene la versión de *Origo* utilizada por el teólogo protestante Jacob Martini, que en 1619, en su *Liber tertius de tribus Elohim, oppositus Judaeis et Semijudaizantibus*, escribió una refutación de la obra de Seidel, reproduciendo extensas secciones de ella.

El interés de *Origo et fundamenta religionis christianae* estriba en varios aspectos, algunos de los cuales pueden ser ya deducidos de lo expuesto hasta ahora. De entrada, la posición de Seidel –que pretende basarse únicamente en la razón y prescindir de revelaciones sobrenaturales, pero que conserva al mismo tiempo algunos elementos del judaísmo y el cristianismo– resulta muy relevante para el estudio de la historia de las ideas religiosas de Occidente y desde luego del deísmo. No obstante, la obra presenta si cabe mayor interés en virtud de la concepción crítica y naturalista de los orígenes del cristianismo. La noción –vigente hasta hoy incluso en ciertos sectores académicos– del carácter en última instancia ininteligible (por no decir milagroso) de la expansión del nuevo movimiento es tajantemente negada por Seidel, quien tiene en cuenta un gran número de factores de muy distinta naturaleza para explicar ese fenómeno. Uno de ellos es el carácter letrado de los evangelistas y de Pablo –al que denomina *praecipuus auctor et disseminator hujus sectae*–, lo que hace que pudieran articular el mensaje de una forma persuasiva. Otro es el atractivo que para los no judíos tuvo el mensaje paulino, que al declarar irrelevante la circuncisión resultó para los griegos, que aborrecían este rito, un verdadero evangelio. Otro es la importancia de ciertos acontecimientos históricos, como la destrucción de Jerusalén y la consiguiente destrucción de la autonomía política de la nación judía. Otro es la presencia de elementos de doctrina y praxis que resultaron cautivadores para muchos contemporáneos, como el monoteísmo, el rechazo del sacrificio y cierta disciplina ética. Otro aún fue la intervención de medidas políticas en tiempos de Constantino, así como el uso de la violencia y la coacción a partir de entonces. Todo esto indica que Seidel captó lúcidamente la complejidad multicausal del triunfo del cristianismo.

Un aspecto de la obra de Seidel que hace de ella algo extraordinariamente relevante es su tratamiento de la figura del referente de los cristianismos, el predicador galileo Jesús de Nazaret. Si bien el espacio dedicado a su análisis en *Origo* es lamentablemente escaso –tan solo unas pocas páginas, desperdigadas a lo largo del escrito–, su interés es inversamente proporcional a su extensión. Uno de los motivos es la coexistencia de cierta empatía y al mismo tiempo de un cabal distanciamiento crítico hacia el personaje –algo que resulta en extremo infrecuente en la literatura previa a la Ilustración, donde casi siempre imperan el intenso afán polémico o la unción apologética–. Otra razón es el acusado sentido histórico del que hace gala Seidel al referirse a Jesús, la dimensión política de cuyo ideario captó con mucha lucidez: al situarlo entre los pretendientes mesiánicos mencionados por Flavio Josefo, afirmar sin ambages que Jesús albergó una pretensión regia y que fue crucificado precisamente por ello, Seidel no solo se adelanta a ideas expuestas por Reimarus un siglo y medio más tarde, sino que lo hace, en ciertos sentidos, incluso con mayor coherencia que el ilustrado alemán. Estas y otras características hacen que Martin Seidel deba

ser incluido, y con todos los honores, en la historia de la conocida como *Leben-Jesu-Forschung* (la investigación sobre la figura de Jesús). No hay la menor duda de que *Origo* constituye una prueba ulterior de lo necesaria que resulta la profunda revisión historiográfica que, desde hace ya algunos años, se está realizando en ciertos ámbitos para ir más allá del panorama dibujado por Albert Schweitzer en su *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung* (1913<sup>2</sup>) y más recientemente por los fautores del “modelo de las tres búsquedas”.

Las anotaciones críticas que podrían hacerse a esta cuidada edición son mínimas. Se detectan escasísimas erratas. Habría sido quizás conveniente señalar –a partir de la p. XXIV– que la paginación correspondiente a las referencias proporcionadas a la obra en la Introducción no es la de la edición española, sino la del manuscrito de Hamburgo. Cabe llamar también la atención sobre el hecho de que el subtítulo del volumen (“Un tratado clandestino del siglo XVII”) puede llamar a engaño; los editores parecen haber elegido tal subtítulo porque las primeras versiones del texto de la obra que conocemos son de principios del siglo XVII (la versión publicada por Martini en 1619 y en menor medida las paráfrasis del contenido que hizo el sociniano Martin Ruar en algunas de sus cartas), pero según la información que ellos mismos proporcionan existen diversos indicios de que *Origo* es una obra que habría sido compuesta ya a finales del XVI.

Estas observaciones menores no empañan en absoluto el enorme valor de esta excelente edición, tanto más importante cuanto que de Seidel no existe otra comparable en ninguna otra lengua, con lo que Socas y Toribio han efectuado un genuino servicio a la causa de la cultura. En efecto, los autores han dado a conocer al mundo hispánico –y, a través de la edición del texto latino, al ámbito académico más amplio– la figura y el pensamiento de un hombre independiente que en algunos aspectos anticipó lo esencial de lo que en plena Ilustración alemana desencadenaría una formidable tormenta intelectual cuyos efectos son perceptibles hasta el presente. Si bien Martin Seidel pudo no haber encontrado su lugar en el mundo, merece hallar al menos de forma póstuma el reconocimiento intelectual de quienes aspiran a desvelar con rigor, coraje y lucidez los mitos de los que aún hoy se alimenta nuestra civilización.

Fernando Bermejo Rubio  
fjlmbr@yahoo.es